

## CAPITULO VII.

### La entrevista.

¡Qué largos son los males, y qué breves las dichas de la tierra!

Leopoldo, desde que la calumnia hincó su enconoso diente en la honra del autor de sus dias, se vió condenado á marchar por un camino sembrado de penas y de injusticias que se eslabonaban en otros mil y mil desengaños que le esperaban en cada paso que recorria.

En la espinosa senda de pesares y desdichas que atravesaba, alcanzó á conocer á la hermosa Clotilde, peregrina estrella de radiante luz que le hizo entrever otro mundo

mas consolador que el que hasta entonces se habia presentado á sus ojos.

El dia que alcanzó de sus hechiceros labios una palabra de amor, fué el único feliz de su vida.

Despues, los temores, los obstáculos, el desagradable efecto que habia causado en el ánimo de D. Emilio la acusacion que empañaba el honor de su desgraciado padre, vinieron á acibarar aquel placer todo espiritual, todo divino, que le habia trasportado á un cielo de eterna ventura, donde acaban los pesares y empiezan los deleites inefables, los placeres sin guarismo, la satisfaccion sin término.

El sol de su felicidad quedó velado por los espesos nubarrones del dolor; y cuando en medio de la tempestad que agitaba su corazon, se presentó el arco-iris que le hizo sonreir con una dulce esperanza, cuando un hombre, un triste mendigo le habia prometido descorrer los velos de la calumnia para que resplandeciera con toda su belleza la luz de la verdad y de la inocencia, so-  
pló otra vez el horrible huracán de la des-

gracia, y los lucientes colores del arco-iris se ocultaron detras de las densas tinieblas de un cielo nebuloso.

Leopoldo caminaba triste y abatido hacia la casa de D. Emilio.

Su varonil y apacible semblante estaba velado por una sombra de dulce melancolia.

Su expresiva boca se entreabria de vez en cuando dejando escapar entrecortadas palabras que formulaban sus labios por la fuerza imperiosa del prensado corazon.

Al subir la escalera palideció: el pecho se le oprimió con fuerza, y apenas podia respirar.

Poco despues, un criado que habia anunciado su llegada, salió diciéndole que se dignase pasar.

El jóven amante, penetró en la estancia en que le esperaba D. Emilio, como el sentenciado á muerte en la cpilla.

Y no era porque en su corazon no se abrigase el valor, no.

Leopoldo estaba dotado de un alma tan valiente como generosa: su mano tan dis-

puesta á manejar una espada como los pinceles.

Pero no era de un combate de lo que se trataba, sino de su felicidad ó su desgracia.

Mil vidas hubiera sacrificado gustoso por alcanzar la mano de su amada; y el temor de perder el objeto de su amor, le hacia temblar y estremecer.

Don Emilio le esperaba paseándose por la alfombrada sala en que el dia anterior vimos á Inés y Clotilde.

Era un hombre como de cincuenta años de edad, pero su cuerpo, de buenas formas, conservaba todavía la flexibilidad de la juventud: su cabeza estaba enteramente cana: su tez era blanca y delicada; y sus ojos azules brillaban como dos estrellas en un cielo límpido y despejado: sus facciones, aunque mas pronunciadas que las de Inés, guardaban mucha semejanza: su frente era espaciosa, y revelaba franqueza y dignidad: iba completamente afeitado, y su blanco cabello lo llevaba graciosamente peinado. Vestia en aquél momentó un frac negro de finísimo paño, cortado de rigorosa moda; chaleco de

seda blanco con pequeñas flores azules; pantalón negro de satiné, y bota bien hecha de exquisito charol. Sus modales eran finos, naturales y respirando elegancia: su fisonomía, benévola y expresiva, aunque velada en aquel instante por una leve sombra de tristeza.

Fijos los ojos en el suelo y con los brazos vueltos hácia atrás y agarrando con la mano izquierda la muñeca de la derecha, cruzaba lentamente la sala como entregado á serias reflexiones.

De vez en cuando se le veía detenerse, pronunciar algunas palabras con aire melancólico, replegar de repente su entrecejo como tomando una resolución enérgica, y volver á poco á pasearse lentamente, dejando ver en su fisonomía su natural apacibilidad.

Parecía que el corazón de aquel hombre combatían ideas diametralmente opuestas, y que le costaba un violento esfuerzo adoptar las de severidad y energía.

Leopoldo se presentó en la sala con aire modesto, pero digno: como el reo que teme

una sentencia injusta, pero que descansa en su limpia conciencia.

Don Emilio se dirigió hácia él, le tendió la mano amistosamente, y le suplicó que tomase asiento.

Leopoldo cobró valor con aquella acogida benévola, y á una indicación del protector de su amada, se sentó en el sitio que le señalaba del sofá.

Don Emilio se sentó junto á él en la butaca de la izquierda, guardó un instante de silencio como meditando por dónde había de empezar, y al fin le habló de esta manera.

—Nadie como yo, D. Leopoldo, conoce las bellas cualidades que adornan á vd. y que le hacen digno del aprecio general. El talento de vd. honra á este país, y yo soy muy mexicano, muy amante de las glorias de mi patria, para que no le distinga á vd. como se debe al mérito y al saber. Sin embargo, el aprecio del admirador no debe cegar jamás el cariño ni el deber de padre. Yo, pues, aprecio á vd. como á artista; pero no ignora vd. que existen motivos poderosos que me impiden recibirle como hijo.

—Sí; los conozco por desgracia mía; pero esos motivos, le juro á vd. que basan en una infame calumnia levantada por algun enemigo que el cielo acaso se dignará descubrir muy pronto.

—Quiero creer que es una calumnia: pero esa calumnia pasa en el público por una realidad, D. Leopoldo, y vd. sabe muy bien que hay preocupaciones en la sociedad, que debemos respetar si no queremos renunciar á su aprecio.

—Yo respeto como vd. esas preocupaciones, por mas que conozca que muchas veces son injustas.

—Confio, pues, en que ninguna objecion pondrá vd. á mis escrúpulos, y que no insistirá vd., al escucharme, en hacerme variar en mis proyectos. Obrar de otra manera, no haria mas que perjudicar á vd. y causarme hondas amarguras, que suplico á vd. se digne evitármelas sin darle á vd. ningun resultado favorable. Mi pensamiento es inmutable, y no espere vd. que me retracte jamas de lo que he meditado detenidamente

y he resuelto, por convencimiento, despues de un maduro exámen.

—¡Inmutable!....

Exclamó Leopoldo agobiado con el peso de aquella terrible palabra.

—Esa es la voz propia que corresponde á mi resolucion. Consideraciones particulares de que no puedo prescindir; deberes sagrados que me impuse al recibir á Clotilde por hija; obligaciones imprescindibles que me he impuesto para labrar su felicidad, y otros mil motivos que pesan mucho en un corazon celoso del cumplimiento de sus deberes, me han inclinado á tomar esta determinacion que, como antes dije, es inmutable.

—¡Oh! ¡D. Emilio! ¡concededme siquiera una esperanza! la hora de la vindicacion de mi adorado padre se acerca, y entonces....

—Repito que otros mil motivos, ademas de los que llevo enumerados, y compromisos nuevos contraidos con persona á quien no puedo faltar con pretexto ninguno, me han dictado la medida que he manifestado á vd. Así es que, si realmente desea vd., co-

mo creo, la felicidad de Clotilde, si en algo aprecia vd. su tranquilidad y la mia, y si anhela vd. para ella un brillante porvenir, espero que sacrificará vd. gustoso su irrealizable pasion en aras de su ventura, renunciando á los quiméricos é ilusorios proyectos que acariciaban el corazon de vd.

—¡Ah!.... el sacrificio que exige vd. de mí es superior á las fuerzas de un hombre!....

—Cuento con la honradez de vd., D. Leopoldo, y con sus hidalgos sentimientos, que me son muy conocidos, para confiar en la realizacion de mi deseo. Tambien confio en que no abusará vd. del ascendiente que, sin yo saberlo, ha conseguido alcanzar sobre el tierno corazon de esa inocente niña: confio, ademas, en que no insistirá vd. renuncie á la resolucion que he tomado; y confio, por último, en que tendrá vd. el suficiente talento para conocer que aquí su presencia seria peligrosa, y por lo mismo inconveniente para un padre que busca la felicidad de su hija.

Leopoldo quedó al escuchar aquellas pa-

labras como herido de un rayo; sin saber qué razones oponer á las de su severo interlocutor; dudando de si era un sueño ó una realidad cuanto le sucedia; su vista se nubló; su corazon quedó oprimido dentro del pecho como bajo una plancha de hierro, y permaneció un instante mudo y asombrado, sin saber qué responder.

En aquel instante se detenia detras de la cortina que velaba la puerta vidriera de la sala, un hombre cuyo objeto era sin duda enterarse de la conversacion.

Pasado aquel momento de horrible mal-estar, de sorpresa y de opresion, en que las palabras cedieron todo su derecho al sentimiento interno y desgarrador, exclamó Leopoldo con acento conmovido.

—¡Y cree vd., D. Emilio, que mi ausencia, mi silencio y mi fingido olvido hácia su protegida, pudieran labrar su felicidad...? ¡Cree vd. que al corazon se le manda como á un autómeta, y que se le coloca en la actitud que pretende su dueño....? ¡Cree vd. que Clotilde será mucho mas feliz con un

hombre que no le inspira simpatía ninguna, cuyo carácter es tal vez opuesto al suyo, y cuyos antecedentes antes de pisar este país, desconoce, que con aquel que le ofrece, si no un brillante porvenir, sí al menos una fortuna cómoda, un alma siempre pronta á satisfacer sus mas ligeros deseos, y un corazón inundado siempre de profundo y eterno amor?

—El hombre que aspira á su mano, y al cual no le puedo rehusar una gracia que considero ventajosa para Clotilde, es uno cuya conducta y honradez me son muy conocidas; un hombre que reúne á una fortuna colosal, un alma noble, y un corazón que no cede en amor al del mas rendido amante; un hombre á quien soy deudor de singulares favores; y en fin, el señor Duval, á quien debe vd. conocer, y de cuya conducta no creo que tendrá vd. formada sino muy ventajosa opinion.

—Nunca mi lengua se ha ocupado en manchar la repatacion de nadie: sin embargo, vd. me permitirá que me tome la libertad de decirle, que temo que esa union no

le proporcione á su adorada Clotilde la felicidad que vd. se promete.

—¿Cómo!

El hombre que escuchaba detras de la cortina, aplicó el oido á la vidriera con marcadas señales de impaciencia.

—No debe vd. ignorar, y si lo ignora, es mi deber hacérselo saber, que el hombre á quien destina vd. la mano de su protegida, tiene abiertas constantemente las puertas de su casa á los que van á exponer su fortuna y el porvenir de sus familias al azar de una carta.

—¿Cree vd. que el ser dueño de una casa de juego, es incompatible con el cumplimiento de los deberes de esposo?

—Creo, señor, que el juego no es la ocupacion mas digna, honrosa ni productiva á que debe dedicarse un hombre honrado.

Don Emilio se estremeció.

—Creo—continuó Leopoldo—que el juego es uno de los vicios mas temibles en que puede caer quien tenga obligaciones sagradas que cumplir; creo que es la pasion que hace olvidar todas las pasiones nobles, ge-

nerosas, de amor y de hidalguía, y que encierra en sí todas las que manchan y envilecen á la criatura humana.

—Me parece que está vd. tocando un extremo exagerado.

—No participo yo de esa opinión. El jugador, señor, no tiene hora ni caudal seguro: ahora es dueño de inmensas riquezas, adquiridas con la desgracia del prójimo, que las ha perdido sumiendo á su familia en el hambre y la miseria, y dentro de un momento las pierde, dejando tras las ganadas, aquellas que debieran formar el patrimonio de sus tiernos y queridos hijos. El señor Duval es dueño en este instante de cuantiosas riquezas: ¿quién puede asegurar que cuando se enlace á la mujer que ama, no las verá desaparecer sobre la carpeta, condenando á la virtuosa Clotilde á una vida de privaciones y de lágrimas? No pretendo, señor, que olvide vd. el agravio que juzga vd. le fué inferido por el hombre á quien debo la existencia: no pretendo que se me crea digno del bien á que aspiro, mientras no consiga sincerar la conducta

inmaculada de mi padre; pero si me atrevo á manifestar á vd. que me asaltan mil temores para el porvenir de Clotilde, si por desgracia llega vd. á unirla con el señor Duval.

El hombre que escuchaba detras de la puerta cerró los puños involuntariamente y rechinó los dientes con cólera.

—¿Es decir que el señor Duval no es de la eleccion de vd?

—Es, en mi concepto, y perdone vd. si no oculto mi parecer, la peor eleccion que podia vd. haber hecho. No podrá, en mi concepto, hacerla feliz como vd. desea y como ella es digna de serlo. Cualquier otro enlace con un hombre entregado á las ciencias, á las artes ó al comercio, no me seria tan sensible, porque esas personas al menos no la expondrian á sumirla de un momento á otro en la mas espantosa miseria.

—Veo que exagera vd. los peligros mas remotos: porque al fin no es lo mismo ser dueño de una casa de juego, que ser simple jugador.

—Será tal vez como vd. dice; pero señor, ¡la amo tanto, con tanta verdad, con pasión tan inmensa, que miro el peligro como si realmente lo tuviese delante de los ojos....!

—Ya le he dicho á vd. que olvide ese amor: que sus pensamientos son quiméricos, y su esperanza irrealizable.

—¡Irrealizable!....

—De todo punto.

—La calumnia ha levantado un valladar que cierra el cariño de vd.: deshecho este valladar....

—Pero ese valladar existe, D. Leopoldo, y mi deber es evitar con tiempo el mal, antes de que eche profundas y amargas raíces.

—Hay una persona que puede destruir esa barrera que hasta ahora nos ha enagado el aprecio de vd.

—¿Quién?

—Un desgraciado sin bienes de fortuna, pero que ha quedado en revelarme interesantes misterios.

El hombre que escuchaba hizo un gesto de asombro, y procuró no perder ni una sola de las palabras.

—Pero ¿quién es esa persona?

—El mendigo improvisador.

—¡El mendigo!—Dijo para sí el que escuchaba.—Oigamos.

—¿Y dá vd. crédito—repuso D. Emilio sonriendo—á las palabras de un vagabundo?

—Pero....

—¿De un hombre sin concepto en la sociedad, y que anoche fué herido al asaltar una casa?

Leopoldo quedó abrumado con aquella observacion. ¿Quién, en efecto, daría crédito á las palabras de un miserable que vivía en la holganza y á expensas de la caridad?

—¡Ah!.... soy muy desgraciado.

Exclamó el infeliz amante con toda la fuerza de un dolor profundo.

—Ademas, ese hombre no podría, aunque lo supiese, revelar ya nada interesante para vd.

—¿Por qué?

—Porque ha muerto.

En el semblante del que escuchaba brilló la alegría mas marcada.



—¡Dios mio, Dios mio!... ¡conque es cierto!...

Exclamó el jóven cada vez mas afligido.

—No le quepa á vd. duda: me lo acaban de asegurar.

—¡Soy muy desgraciado!

—Sin embargo, la vindicacion de su padre de vd. no la solicitaria por mí; le aprecié como á un buen amigo, y la accion de que se le acusa la olvidé desde el momento que fué cometida: mejor dicho, estoy firmemente persuadido de que fué inocente.

—Pues entonces....

—Déjeme vd. concluir.

—Escucho.

—Lo quiero por la sociedad que nunca me perdonaria que entregase la mano de mi hija al hijo que lleva, sin merecerlo, la mancha de que á su padre acusa. Repito que le aprecio á vd. como su talento y virtudes lo exigen: que reconozco en vd. cualidades dignas del aprecio general; pero que la estimacion que en particular le consagro, no debe cegarme hasta el grado de hacerme olvidar los deberes que como

padre pesan sobre mí. Además, yo ignoraba la correspondencia amorosa que vd. mantenía con mi hija, y no extrañaré vd. por lo mismo que trate de cumplir la palabra que tengo empeñada con el señor Duval. Nada tengo que agregar á lo dicho: nuestra conferencia, pues, ha terminado aquí.

—¡No me da vd. ni una esperanza?

—Ni una.

—Vea vd. que la desgracia la espera al lado del señor Duval.

El que permanecía detras de la vidriera dejó ver en sus ojos la luz del odio mas profundo.

—Lo he pensado bien, y suplico á vd. respete mi resolucion.

Dijo Don Emilio levantándose de su asiento.

Leopoldo hizo lo mismo.

El hombre que habia estado escuchando, abandonó la puerta, atravesó velozmente el corredor y bajó á la calle.

—Adios, D. Emilio:—dijo Leopoldo dándole la mano y con acento conmovido:—veo

que mi situacion es muy difícil, y que mis razones no tendrian ahora la fuerza necesaria para convencer.

Leopoldo tomó el sombrero que habia dejado sobre una silla junto á la puerta del gabinete, por donde vimos entrar la noche anterior á su cuarto á la encantadora Clotilde.

El bulto de una mujer vestida de blanco, se dibujó al través de la cándida cortina que velaba la puerta vidriera de aquella estancia: los ojos del enamorado jóven se fijaron en aquella sombra aérea, que como una vision celeste se presentaba á su vista para reanimar con su angélica mirada su abatido espíritu: su corazon amante se sintió arrastrar hácia ella como el acero atraido por el imán.

—Adios, D. Leopoldo;—contestó D. Emilio, que no habia fijado la vista en la puerta vidriera:—haga vd. por avasallar á su razon sus quiméricos sueños, y por olvidar á la mujer que ama.

—¡Olvidarla....! ¡Nunca....!  
Exclamó el jóven pintor con acento so-

lemne y enérgico, dirijiendo sus ojos hácia donde permanecia el bulto.

La cortina se movió como al estremecimiento de la mano que la tenia agarrada.

—Ved que dentro de pocos meses será la esposa de Duval.

Dijo D. Emilio con voz solemne.

Un grito resonó al pronunciar estas palabras en el cuarto.

La puerta se movió.

El bulto que estaba detras de la cortina cayó en tierra, llevándose consigo la cortina que tenia afianzada con su mano.

Leopoldo salió dejando escapar una exclamacion de dolor; y D. Emilio corrió hácia el sitio donde habia resonado el grito.

No bien se vió en la calle el desgraciado artista, cuando se encontró con Duval, que le esperaba á pocos pasos de la puerta.

—¡Es vd. el que estaba hace un instante hablando con D. Emilio Landeta?

Le preguntó con ronca voz y alterado semblante, procurando reprimir el enojo de que estaba dominado.

—Sí señor.

—¿Y es vd. capaz de sostener en otro terreno lo que allí ha dicho?

—Nunca acostumbro decir mas que la verdad; y la verdad estoy pronto á sostenerla en todos los terrenos.

Respondió Leopoldo con entereza, pero sin alterarse.

—De esa manera no tendrá vd. embarazo en decirme á quién presentaba vd. como indigno de aspirar á la mano de la encantadora Clotilde.

—Ninguno.

—¿Quién es, pues, esa persona que vd. no juzgaba merecedora del bien que anhela.

—Usted.

—Veo que tiene vd. el suficiente valor para hablar con franqueza.

—He dicho que siempre estoy dispuesto á sostener la verdad.

—¿Luego vd. me odia?

—Cordialmente, como creo que me odia vd. á mí.

—Ha acertado vd.

—No podia equivocarme.

—Y cuando dos se odian....

—Es preciso que uno muera.

—Veo que me comprende vd.

—Entonces puede vd. utilizarse de mi buena disposicion cuando vd. guste.

—No pasará mucho tiempo.

—Lo deseo ardientemente.

—Adios.

—Adios.

Y ambos se separaron lanzándose una mirada de odio y de venganza.